



Aunque en buena medida los guerrilleros del maquis procedían de todas partes, muchos de ellos surgieron de los mismos pueblos de las montañas de Cuenca, sobre todo de los situados en el noreste y levante de la provincia. En foto la casa habilitada como cuartel en San Martín de Boniches (Foto de Salvador F. Cava).

Un amplio extracto de la narración de “Pedro” se puede consultar en el libro de Fernanda Romeu y en los anexos de Memorias de un guerrillero de “Germán”, hermano del joven de 17 años (“Fermín”, Acta 172) fallecido en Cerro Moreno. “Pedro” nos dice que la guardia civil atacó el campamento a ráfagas de naranjero y bombas de mano por la parte donde tenían el retrete. En esa mañana se encontraban trece guerrilleros. “Ramiro”, “Vidal”, “Lorenzo” y varios camaradas más en la zona donde se hacía la guardia; “Andrés” y “Pedro” cerca de la cocina. Dirigían los tiros hacia las tiendas de campaña. Los guardias tenían tomada también la cumbre del Cerro (véase la narración del cabo Canario en mi libro de Los Guerrilleros de Levante y Aragón, Tomo II). Todos los guerrilleros buscaron la retirada por el lado opuesto a los disparos, mirando a la carretera, a la izquierda; intentaban llegar hasta el fin del pinar, aunque para ello tenían que pasar un claro de labores perdidas. Formaban una línea de unos 50 metros, cerraban el grupo “Andrés”, “Pedro” y dos camaradas de los nuevos de San Martín, el joven “Fermín” era uno de ellos. En esos primeros momentos “Andrés” tuvo que dejarse la metralleta colgada de un árbol y “Pedro” respondió a los tiros con poca fortuna pues su arma se le encasquilló.

Al cruzar el descubierto fue cuando debieron caer abatidos algunos de los doce guerrilleros. En concreto ahí es donde sitúa “Pedro” la muerte del jefe de la Agrupación, “Andrés”, del cual parece no alejarse, incluso una vez muerto, de “un tiro de bala explosiva que le entró por un costado y le salió por el otro haciéndole a la salida una gran herida”. Tras esto, recoge y esconde “bajo la josma del pino y un enebro”, aprovechando un breve alto de fuego y mientras los guardias empiezan a estrechar el cerco, los cargadores, la pistola, la cartera con las fotos familiares, su documentación, el cliché con el código de nombres, diversas direcciones de responsables del Partido, algunos folletos teóricos, la pluma, el reloj y el sello que llevaba de la Jefatura de la Agrupación, así como el dinero: 90.000 pesetas. El resto del grupo se había alejado siguiendo la vertiente izquierda del monte y “dando cara a otro cerro alto que dominaba toda la parte aquella”. Sólo un joven de 17 años (“Fermín”) estaba cerca de él, y por poco tiempo pues al ser descubiertos y empezar de nuevo los disparos, tanto uno como otro buscaron una salida monte abajo siempre hacia su lado izquierdo. “Fermín”, “el joven camarada, también tiró hacia abajo más a la izquierda que yo y le asesinaron a pesar de que gritó que se entregaba”. “Pedro”, a partir de este momento, pierde todo contacto con cualquier otro componente del grupo. La narración personal de su huida, más que afortunada, incluye alguna herida, el deshacerse de la metralleta en mal estado, el esconderse bajo un “pino grande y con mucho ramaje”, el perder sangre, la resignación ante un final previsible, “me dispuse a vender cara la vida hasta que me quedara un tiro y resuelto a salir si podía”, el ser de nuevo descubierto, el disparar su pistola a bocajarro tanto a quien lo descubre como al grupo que rodea el cuerpo sin vida del joven camarada, pasar con suerte entre varios frentes hasta alcanzar otro monte, curarse la herida y sortear un barranco para, agotado, ponerse a salvo. “Me estuvieron buscando hasta las 2 de la tarde que empezaron la retirada” comentará para terminar esta parte de su más que afortunada salvación.